

Rey y nuestro Soberano Maestro? Ponte á pensar ¿es el Dios á quien se adora en Roma?

«Es bueno el Dios del papismo? Acuérdate ¡oh hombre! Y si la memoria te es infiel, te voy á recordar todo el mal que el Dios romano ha hecho á la humanidad.»

Viene aquí un largo pasaje que no puedo reproducir, porque había de llenar de profunda tristeza al católico lector, y me espanta cuando le vuelvo á leer. De la mano se me caería la pluma con sólo que tratara de transcribirle. ¡Oh Dios de amor, divino Padre, que habeis dado la sangre de vuestro Hijo, la sangre divinamente pura de Jesus para lavar los crímenes de la humanidad: ¡cuán espantosas blasfemias no se vomitan allí contra vuestra infinita bondad!...

Concluye Filaleto su impía explicacion en estos términos:

"Hombre, á quien hemos elevado á la categoría de los Magos: te he formado ya el juicio de aquel Dios. No es el nuestro.

"¿Has comprendido ahora? Recógete en la soledad de tu aposento, y pídele al Dios Bueno. Si quieres que te sea propicio, pronuncia con amor los nombres de todos los hombres á quienes maldicen los sacerdotes del Dios á quien se adora en Roma, desde Caín hasta Wiclef, Lutero y nuestro primer gran maestre Fausto Socino. Salgan de tus labios con una bendicion todos esos nombres; que entónces, si eres digno de él, vendrá en persona nuestro Dios y te concederá esa piedra filosofal que el Athanor mismo es impotente para producir."

El día en que me tradujo por primera vez mi tío estas páginas de Tomás Vaughan, no pude ménos que decirle.

—¡Caín! ... ¿Cómo pronunciar el nombre de Caín con amor?

Y hé aquí que me puse á dar rienda suelta al horror que me causaba el recuerdo del primer asesino que derramó en el mundo la sangre humana. Y repetía yo luego despues:

—¡Caín! ¡Caín! ¡El asesino de su hermano! ¿Pronunciar ese nombre con bendicion? ... ¡Oh tío, oh papá, ¡jamás!

Mi tío se quedó viendo á mi padre en silencio y al fin dijo:

—Esta niña nos va á dar mucho quehacer en su educacion, y la verdad es que á veces me desespero con ella ...

—Es todavía muy jóven para comprender, replicó mi padre. Si me hubieses oído, habríamos comenzado por no dejarla que leyera la Biblia.... Mejor hubiera sido emprender, ante todo y exclusivamente, su instruccion científica nada más, sin hablarle de ninguna divinidad....

—¡No, no! ... ¿Y si hubiera caído en el ateísmo? ... ¡No, no! Bueno fué el camino que tomamos; sólo que tenemos necesidad de armarnos de gran paciencia ...

—Por lo demás, Dios mismo ha dicho que ella ha de ser su celosa sacerdotisa, concluyó mi padre. No desmayemos, pues, que lucirá deslumbrada.

dora la luz del día que lo tenga á bien el Eterno Excelsior.

Aquella discusion la sostuvieron en mi presencia. Yo no sabía lo que pensar. Mas viendo la contrariedad de mi padre, le abracé fuertemente y le dije:

—¿Quieres, papacito, que suspendamos todo?

Iba él á firmar el manuscrito; pero mi tío que es testarudo, le detuvo para que continuáramos.

Entónces yo, queriendo hacer impacientar á mi tío, plantifiquémele debajo de la nariz, toméle de la perilla riendo y comencé á decirle:

—¿Y Júdas? ¿Tambien tendremos que pronunciar con amor su nombre? . . . Enseñame un poco á pronunciarle. . . . ¡Ah! el bueno de Júdas! . . . Ah! el excelente Júdas! ¡Ah! ¡Júdas! crema de los valientes! . . . ¡Ah, gran San Júdas! ¿Lo digo como se debe, querido tío?

Yo no me podía tener en pié, de tanto como reía.

Mi tío montó en terrible cólera, y se puso á gritar como loco:

—¡Esto no es posible! Esta jóven tiene algun maleakh en el cuerpo!

(Fué la primera vez que oí semejante nombre.)

Iba y venía, tirando las sillas, y seguía gritando:

—Malditos sean los maleakhs, que entorpecen esta buena educacion.

Papá trataba de apaciguarle.

—Te aseguro, le decía, que todo lo ha dicho sin la menor malicia; bien sabes lo burlona que es. . . . No creas que tenga ningun maleakh. ¡Vamos! bien

sabes que tal cosa es imposible, puesto que no fué manchada la niña con el agua de Adonai!

Ese era el gran argumento de mi padre; pero mi tío no se dejaba convencer.

Repentinamente se lanzó, pues, á un gabinete donde siempre se me había prohibido entrar.

—¿A dónde vas? ¿Qué haces? le preguntó mi padre con la mayor viveza.

—¡Rafael es el que la posee! replicó él, y ahora mismo lo veremos! . . .

Y se precipitó en el gabinete. Un momento despues salió trayendo una redomita. Pero esta vez yo no reía, sino que le veía un rostro sombrío, y mi padre hizo un gesto como para ordenarme que no me moviera de mi lugar.

—¡Papá, tío, les suplico á nstedes, exclamé, que me perdonen! No ha sido mi ánimo causarles ningun pesar, sino simplemente bromearme, se los aseguro. . . . Tío, me sería muy doloroso, ¿lo comprendes? que siguieras enojado. ¡Perdóname!

Mi tío estaba en aquel momento grave pudiera decir que hasta imponente, sin darme yo cuenta de nada de lo que pasaba.

—¡Pobre niña! exclamó. Absolutamente eres culpable, ni tengo yo que perdonarte. . . . ¡Vamos! no, mi querida niñita, tú no eres la responsable. . . . Siéntate, vamos á dejar la leccion por ahora, y voy á arrojar al maleakh.

Entónces traje una silla y me senté en el sitio que me designó mi tío en medio del cuarto, mién-

tras mi padre quitaba todos los muebles para despejar el lugar.

Yo me sentía emocionada; pero en realidad todo aquel extraño preámbulo me repugnaba, y preguntábame á mí misma qué sería lo que mi tío se proponía hacer con el frasquito.

Destapóle y vertió algunas gotas del contenido en el hueco de la mano, que era cierta sustancia como aceitosa; en seguida, untándose con ella, se frotó los labios, la nariz, los párpados y, con el dedo, la cavidad de las orejas, pronunciando á la par palabras ininteligibles, á las cuales mi padre contestaba en el mismo idioma. Era, pues, aquello un perfecto diálogo.

Púsose en seguida á dar vueltas á grandes pasos en mi derredor, deteniéndose unos momentos á cada siete pasos, y entónces giraba mi padre tres veces sobre sí mismo.

La operacion duró algunos minutos, sin que haya yo podido darme cuenta del número de pasos que dió mi tío, ni del de vueltas que dió mi padre, porque no era contar, sino otra cosa, lo que me estaba preocupando en aquel momento. Con el tiempo llegué á saber lo que significaba aquella operacion ritual y era que el principal exorcista luciferiano efectúa en redondo once veces siete pasos, y su asistente efectúa tres vueltas sobre sí mismo once veces. Entónces no sabía yo qué pensar de aquel manejo, y aumentaba mi inquietud á un grado tal que en verdad no habría tenido la menor gana de reir.

Por fin, mi tío se acostó en la tierra cuan largo era y me acercó los labios aceitados, como lostenía, á la punta del pié derecho; sopló con toda fuerza, y comenzó á hablar de nuevo en su lengua incomprensible, habiendo oído yo que frecuentemente mezclaba en lo que decía el nombre de "*Raphael*" con el de "*Asmodæus*."

En aquel momento pude advertir que mi padre no estaba allí: había salido sin hacer el menor ruido, al par que veía yo á mi tío tirado como ántes, á lo largo en el pavimento. Y seguía soplando con mayor instancia y salmodiaba en cierta manera á media voz su extravagante idioma. Cuando volvió á entrar mi padre, llevaba una gallina negra. A ese tiempo se levantó mi tío, y ámbos me mandaron abrir la boca, á lo cual obedecí. Papá tenía en la mano la gallina, que se agitaba, y la tenía con el pico abierto frente á mi boca, introduciendo un tanto en ella. Mi tío me pasaba entre tanto la mano por la cabeza, la propia mano en que había vertido el grasiento líquido; despues me tocaba con el dedo la nariz, los ojos y las orejas, sin dejar de pronunciar su incomprensible jerigonza.

Finalmente, lanzaron los dos un grito, y mi padre estranguló de un golpe la gallina negra.

No vayais á reir lectores: que, por muy cómico que todo esto parezca, tan grotescas son así las obras viles de Satanás, el arrendajo de Dios. Hoy comprendo verdaderamente que no había tal maleakh que me tuviera entónces, sino que el Demonio jugaba á sus anchas con mi desgraciado pa-

dre y con mi querido tío. Empero, si en realidad Rafael estaba ausente, el Diablo, presente como lo estaba, aguardaba la estrangulación de la gallina para engañar á mis padres, de modo que pudiera hacerlos empedernirse en su funesto error, y para llenarme á mí de admiración.

Dos ó tres segundos habrían transcurrido apenas de la estrangulación de la gallina, cuando, sin piedra alguna que arrojara nadie, sino por sí mismos, se estrellaron todos los cristales de una de las ventanas con gran estrépito.

—¡Gloria á Dios! exclamó mi tío. ¡Libre está ya la querida niña!

Pero todo esto es de poca importancia. Es el hecho, la circunstancia más insignificante de mi vida, que tan mal comienzo tuvo. Dejémoslo, pues.

Volvamos á los artificios por los cuales mantiene el Demonio á los alquimistas de la Rosa-Cruz en la esperanza de que por sí mismos habrán de llegar á descubrir el secreto de mudar el plomo en oro, aguardándolos para el día en que al cabo de mil experimentos nada habrán conseguido para satisfacer su deseo, y haciendo que les diga entonces aquel que los iniciare al 9.º grado, *Magus*: "Yo soy quien da la piedra filosofal: ¿quieres algunas partículas, hombre avaro? Pues bien, invócame, forma en tu corazón la convicción de que yo soy Dios, y no sólo Dios, sino también el Dios Bueno, y que el Dios de los cristianos es el Dios Malo. Llámame pronunciando con amor los nombres de todos los malditos, de todos los réprobos. Bendí-

ce á Caín, exalta al samaritano Simon, reverencia hasta al mismo Iscariote. Busca en tu imaginación el sacrilegio que me sea más grato, para que te reconozca como digno de mí. Entonces vendré, entonces te me apareceré, y tú te postrarás á mis pies y me adorarás. Yo te daré algunos de aquellos misteriosos granos que enseñaba Filaleto á Helvetius; y esos granos, infernales talismanes; esos granos, que serán garantía de tu alianza en el abismo; esos granos producirán la transmutación. Y ante tu ciencia quedarán los hombres confundidos; otros habrá que, á su vez, también por su parte busquen, y muchos de ellos, que seguirán tu ejemplo hasta no dar con el resultado. Adora á Satán, hombre avaro, y podrás escribir como Filaleto: "*Poseo la Piedra Filosofal que á nadie le robé, pues que la recibí de nuestro Dios único.*"

Contaba, pues, Alberto Pike á mi padre, que en el tiempo en que sentía flotar su espíritu entre la veneración por el antiguo paganismo y el estudio de nuevos proyectos, ocupábase á la vez en el hermetismo profundizando los antiguos tratados de alquimia. Por espacio de algún tiempo sintió vivísimo interés por la solución del gran problema, solución que, sabía, otros habían encontrado ya.

Un día en que más contrariado estaba por el mal éxito de sus experimentos, se sintió acometido por una idea furiosa que estaba abrasándole el cerebro.

—Sal de tu laboratorio le decía entonces una Miss Vaughan.—T I.—41.

voz misteriosa interior; son inútiles para lo que deseas tus alambiques, tus retortas y tus crisoles. Sal, sal al aire libre, vete al campo....

—¿Al campo?....

—Sí, anda, ve adelante, léjos, léjos....

Alberto Pike obedeció á la voz.

—Más léjos todavía, le inspiraba ella.

No la oía ya en su interior, sino por delante, por detrás, por todos lados.

—Sigue adelante, sigue!....

Hasta que por fin le dijo:

—¡Detente! Este es el lugar.... Medita delante del Dios Bueno, que con su presencia llena esta salvaje soledad.

Alberto no veía más que rocas en torno suyo.

Y se puso á reflexionar.

«El Dios Bueno,» acababa de decirle la voz, pero sin designarle con su nombre. E inmediatamente se dijo:

—Muchos son los dioses buenos. Apolo es bueno, lo es Vénus y lo son tambien Neptuno, Marte, Urano, Cupido, Baco, Esculapio, Fauno, Mercurio, el gran Pan, Cibéles, Vesta, Juno, Céres, Diana, Témis, Hebe, Flora y Pomona; Pluton mismo no es malo, que sólo es terrible justiciero. Mas la voz me ha dicho: «el Dios Bueno;» esto es, aquel que es soberanamente bueno, el más grande y el mejor. ¡Sí, el Dios bueno es Júpiter!... Júpiter, á quien destronó el Jehovah bíblico por medio del Cristianismo, que triunfó con la traicion de Constantino.... Júpiter, Dios Bueno, eureka!... ¡Júpi

ter!... ¿Está, pues, Júpiter aquí?... Él me vé, me oye y espera mis homenajes.... ¡Oh Zeus, rey de los dioses y señor de los hombres! ¡Sí, vos sois el Dios Bueno!... A vosotras, rocas, que me rodeais, consulto; haceos bocas, vosotras, piedras, y habladme, decidme de qué manera estará satisfecho Júpiter de su fiel adorador.... ¡Ay! mudas están las rocas, la piedra no tiene voz.... ¿Callas tú, naturaleza, naturaleza, cuando te conjuro que me respondas?... ¡Y bien! roca endurecida en silencio: yo te obligaré á darme una señal, como Moisés al herirte con su vara, mágico de Jehovah!...

Este recuerdo de Moisés le inspiró.

Jehovah, el Jehovah negro, como él le llamaba ya, tenía odio, y él insultó al Dios de la Biblia, mal interpretada á su manera, lanzando su anatema contra Moisés.

Entre tanto, agitábase delante de las impasibles rocas, y les gritaba:

—¡Obreras del mal sois vosotras, rocas, y yo os maldigo!... ¡Servísteis á Moisés, y menospreciáis mis órdenes!... ¡Rocas! temed mi cólera!... ¡Cómo! ¿Aún permanecéis sordas?... ¡Entónces, os insulto y os desaffo!... Rocas, que os entreabristeis para tragar á Coré, á Dathan y á Abiron: sabed que odio al Dios del Antiguo y del Nuevo Testamento!... ¡Siento que Júpiter me proteja, y vosotras no me tragaréis!...

Parecióle oír entónces un lejano ruido producido por las piedras que entre sí chocaban.

—¡Sí, sí! exclamó él, yo os desafío para que me traguéis!... La sangre me hierve en las venas, y tengo fuerza, y tengo voluntad... Querer es poder... ¡Me atrevo y quiero, y puedo!... Rocas de esta soledad: ahora, ¡os mando!... Vosotras, que tragásteis á Coré, á Dathan y á Abiron, ¡devolvedlos!... Coré fué maldecido por Jehovah: ¡bendito sea Coré!... Dathan fué maldecido por Jehovah: ¡bendito sea Dathan!... Abiron fué maldecido por Jehovah: ¡bendito sea Abiron!... ¡Os mando, rocas, que os entreabráis; piedras, os mando que os separéis; que la llama del abismo, la llama en que desaparecieron Coré, Dathan y Abiron, se convierta en llama reparadora de los crímenes de Jehovah!... Por la vez última: ¡rocas, abríos!... En nombre de Júpiter, Santo de los santos, Dios de los dioses, ¡lo mando, lo quiero!...

Hubo en aquel momento, contaba Alberto Pike, un choque formidable de las rocas, que produjo grandioso estrépito. Llamas salían á borbotones de las grietas, y por fin aparecieron en la superficie los tres hebreos.

—No te compadezcas de nosotros, que estamos en el reino del Dios Bueno, dijo Coré.

Y luego después le expusieron cómo habían sido enviados cerca de él por el Altísimo más alto, que le colmaría de favores, y predijéronle el destino más brillante que se le aguardaba; agregando que él sería el Papa de la verdadera religion restauradora en toda su pureza de doctrina.

En cuanto á la piedra filosofal, Coré se adelantó

hasta la orilla de la grieta, y entrególe un fragmento asaz notable.

Pero, añadió el patriarca infernal, el Dios Bueno da la piedra de los sábios á aquellos de sus elegidos que busquen riquezas únicamente para emplearlas en la propagacion de su culto; y aún al permitirles que transformen los metales de poco valor en oro y plata, se propone como fin principal demostrarles su omnipotencia. Quiere que de ese modo sepan, para no dudar jamás, que él es el supremo señor de la naturaleza, y que es inferior á él su rival, el Dios Malo, que no obra ese prodigio... Tú habrás de servirte, hasta la última partícula, de esa piedra filosofal; pero no te dará el Dios Bueno otra sino cuando lo juzgue necesario. No quiere exponerte á que te entregues al amor del oro; por tu bien desea verte confiando sobre todo en tu actividad.

Los tres demonios, que á los ojos de Pike se hacían pasar por Coré, Dathan y Abiron, sostuvieron un rato de conversacion con él. Expusieronle el sentido en que era menester que interpretara de ahí adelante la palabra «dioses,» aplicada á los espíritus de luz que adoraban los diversos paganismos en otro tiempo; nombráronle á todos los demonios que habían tenido altar entre tantos pueblos, designando á cada uno con el verdadero nombre que tiene en el reino del Dios Bueno, y prometiéndole que jamás le faltaría, hasta el fin de su vida, la proteccion del Altísimo más alto.

De ese modo fué como se creyó Pike iniciado

en la verdadera luz por Coré, Dathan y Abiron; y tal es la razon secreta por la cual, en las discusiones que sostenía con los ministros protestantes, siempre defendía al hijo de Isaac y á sus cómplices de rebelion contra Moisés, proclamándolos inocentes víctimas.

Ahora conozco cuánto se engañó aquel hombre, que tan largo tiempo fué entusiasta admiracion para mí.

Concluía Pike su relato á los perfectos iniciados, diciéndoles que las rocas entreabiertas se volvieron á juntar y que los tres patriarcas, en el seno del torbellino de sus llamas, se elevaron por los aires, donde desaparecieron, saludándole cariñosamente.

Tal es la narracion que mi padre me hizo. De ella sacaba mi tío conclusiones que me anegaban en una admiracion arrebatadora.

—¿Y todo esto es cierto? le preguntaba yo. ¿Por qué, entónces, no se le apareció en persona el Dios Bueno al gran Alberto? ¿Por qué le envió más bien unos mensajeros para entregarle la piedra?

—Advierto, hija mía, que tampoco nuestro supremo gran maestro le pidió al Dios Bueno que se le apareciera en persona, sino que en aquella ocasion llamó á Júpiter; y tan profundo era su respeto, que ni siquiera se había atrevido á desear verse con él cara á cara. ¿Qué fué lo que le pidió al Omnipotente en aquella sublime inspiracion que tuvo, y movido de su enérgica voluntad de Mago? Pidióle que se abrieran las rocas y que

aparecieran Coré, Dathan y Abiron, y el Dios Bueno le concedió lo que le pedía. Amaba al Padre Celestial; pero temiéndole á la vez, como debemos amarle y temerle, hija mía.

—Yo le amo con toda el alma, pero le tengo miedo. ¡Oh! ¡cómo quisiera verle! Tendría tanto que decirle! Dime, tío, puesto que tú le has visto, ruégale que venga aquí para recibir los homenajes de su pequeña Diana.

—No, todavía no es tiempo; es menester que te mejores y tengas todas las disposiciones que especialmente se han fijado. . . . Porque tambien tú, hija querida, estás predestinada, tú tienes que cumplir una mision enteramente particular que te fué enseñada áun ántes de venir tú al mundo.

—¿Necesitaré, pues, aguardar mucho?

—Absolutamente depende eso de nosotros. Tú lo sabrás más tarde. Ten paciencia é instrúyete bien. Esto es lo que interesa miéntras llegas á la edad de aprender.

—Y cuando sea yo sabia, ¿podré ya pedir al Dios Bueno que se me aparezca?

—Cuando seas muy sabia, sí, pero hallándote igualmente dispuesta para obedecer sus órdenes.

—Mas, puesto que es el Dios Bueno, no me ha de ordenar que haga nada malo!

—Ciertamente. Con todo, sólo completamente instruida, será cuando comprendas cuánto sus obras y sus voluntades tienen siempre por fin y resulta do el bien.

—Y eso de matar á alguien, como Caín, que mató á Abel, ¿puede alguna vez ser bueno?

—Sin duda. Hay veces en que es necesario que se haga desaparecer á un hombre malo. Puesto que Filaleto escribió que se debe pronunciar con amor el nombre de Caín, fué porque en la querrela ocurrida entre éste y Abel, Caín tenía razón. La ley ordena que se dé muerte á los malos, y el verdugo ahorca ó guillotina á los que como tales condenó la ley.

—Pero es que nadie condenó á Abel.

—Porque en aquellos primeros tiempos, todavía no había tribunales; y Caín, hombre justo, fué quien le condenó en el tribunal de su conciencia, habiendo sido juez y ejecutor á un tiempo mismo.

—¿Y qué mal había hecho Abel?

—Adorar á Adonai.

—¿Quiere decir que sería menester dar muerte á todos los que adoran á Adonai?

—¡No, hija mía! que ellos son víctimas del error. Pero Abel no estaba en el error, cuando sabía perfectamente cómo, acabada apenas de nacer, había sido condenada la humanidad á la muerte y á todo linaje de sufrimientos por la perversidad de Adonai, y cómo la santísima Eva, su madre, le había dado á luz con los dolores más atroces por la perversidad también de Adonai. Pues bien, ese Adonai era á quien adoraba, en lugar de adorar al Dios Bueno, Señor nuestro, Lucifer, de quien no había recibido la humanidad más que beneficios! Así es que Caín, fiel servidor de Luci-

fer, le sacrificó, ejerciendo de esa suerte un acto importantísimo de justicia. . . . Con que ya ves, mi querida hija, cuánta razón tuvo nuestro glorioso antepasado Tomás para escribir que debemos pronunciar el nombre de Caín con amor.

—Sin embargo, yo que Caín, mejor habría tratado de convertir á Abel.

—No era convertible.

—¿Cómo lo sabes? Nada de lo que me enseñas está en la Biblia.

—Sí, todo está allí. Sólo que el Dios Malo ha inundado el mundo con un mar de errores, y hay pocos que saben interpretar la Biblia. Todo esto lo comprenderás cuando conozcas el *Apadno* y el *Libro de las Revelaciones*; pero hay que proceder en todo con orden, y todavía no estamos en ese caso.

—En fin, puesto que tú y papá le maldicen, maldeciré yo también á Abel; pero dime, tío, cuando vea yo al Dios Bueno, ¿me dará un poco de piedra filosofal? . . . Quisiera un gran trozo para mamá, pues ya sabes que nunca tiene bastante dinero para dar á los pobres. . . . ¡Oh! cuánto amaría yo entonces á Nuestro Señor Lucifer!

Las obras de Filaleto y en particular los manuscritos que procedían de herencia de mi bisabuelo James, eran, si no la base de mi enseñanza, sí, por lo ménos, el punto de partida en cada lección. Una frase, una palabra cualquiera, daban materia á mi padre y á mi tío para disertar, y gradualmente me iban impregnando el alma de

todos los dogmas del luciferanismo paládico. Así fué que recibiendo gota á gota en ella la doctrina que para mí fué sacrosanta, iba yo creciendo al par que en años en veneracion hácia el ilustre antepasado Tomás Vaughan.

Las *Notas*, reservadas sólo para los Magos, deben de haber sido escritas mucho despues de que se le devolvió á Filaleto el manuscrito *Introitus Apertus* por Juan Lange, su impresor, en Amsterdam. Efectivamente, consta que despues de la aventura acaecida á Helvetius y que, conforme á su propio relato, referí ya, trabajó sin éxito por espacio de más de cuatro años en estar buscando la piedra filosofal. Compréndese cómo se obstinó el médico del príncipe d'Orange en sus experiencias, á la manera que tantos otros: fué que despues de haber sido mucho tiempo incrédulo, llegó un día en que pudo convencerse de los maravillosos resultados; sabía lo de la existencia de la piedra filosofal, puesto que había recibido una porcioncita del misterioso extranjero y conseguld buen éxito con ella. Pero ignoraba que la piedra fuera un talisman infernal, pues la tenía por producto simplemente natural, ignorando tambien que la transmutacion del plomo en oro, fuera, no resultado químico, sino diabólico prestigio.

Segun la frase empleada por Filaleto, parece ser muy cierto que Helvetius recibió la iniciacion al 9º grado, despues de haberse mantenido en los grados inferiores cerca de cuatro años.

Tomás Vaughan se expresa así:

«Tenía yo hecho el encargo á un inteligente y celoso Hermano de ganarnos á toda costa al sabio médico, tan pronto como quedara convencido de que existía la piedra;—pero me había yo reservado el darle yo mismo la suprema iniciacion, é *hícele sucesor de Serenus.*»

En 1668, inició Filaleto, en la Haya, á Simon de Vriès, encargándole que vigilara á Spinoza, quien, segun sus noticias, debía de ser utilísimo para la secta; y de ese modo Simon de Vriès, á quien había hecho ya muy rico el oro de los Rosa-Cruz, fué el protector de Spinoza, acudiendo á todas sus necesidades. Spinoza tenía á la sazón treinta y seis años de edad, y trabajaba calurosamente en la exposicion de aquel su sistema panteista, que tantas almas ha ganado para Satanás.

Al siguiente año, hizo Filaleto que se sujetara á una especie de exámen al jóven Cárlos Blount, á quien veía con particularísimo interés, por haberle designado el mismo Satanás para ser, despues de él, soberano gran maestro de la Fraternidad.

Tomás Vaughan se dirigió á la familia Blount para catequizar al jóven y formarse idea de los progresos que hubiera hecho en cuanto á impiedad. Las contestaciones de Cárlos llenaron de satisfaccion á Filaleto.

Pero véase lo que pone de manifiesto claramente el horrible grado de precocidad satánica de Cárlos Blount, jóven que apenas tenía quince años.

—Venga vd. conmigo, dijo á Tomás Vaughan, y verá algo que le alegrará.

Era un crucifijo que tenía en su cuarto, cerca de su cama, con la cabeza para abajo y suspendido de la pared. El crucifijo, de madera, tamaño muy grande, y groseramente esculpido, tenía clavado un verduguillo en el lugar que correspondía al corazon.

Filaletto felicitó al jóven, y le dijo:

—Es necesario no herir el corazon, sino el ombligo (*nombril*.)

Y cambió de lugar el verduguillo.

Nunca se acostaba á dormir el jóven Cárlos Blount, sin haber injuriado al Cristo, cuya imagen vuelta al revés tenía clavada á su vista.

Muchos creen que Cárlos Blount fué ateo. ¡Qué error! Fué luciferiano práctico desde sus más tiernos años. Y aunque gran número de sus escritos pueden parecer tal vez obra de un impío, sobre todo escéptico, fácilmente se descubre, con la lectura de la *Vida de Apollonius de Tyano*, su satanismo de Rosa-Cruz, mal encubierto con las apariencias de un estudio filosófico.

Cincuenta y seis años de edad tenía Filaletto cuando publicó los *Experimenta de præparatio-ne Mercurii Sophici*, y los *Tractatus Tres*, divididos de este modo: 1º la Metamórfosis de los Metales; 2º la Preparacion del Rubí celeste; 3º la Fuente de la Verdad química.

Obras son esos tres tratados de mediano mérito, áun para su autor mismo, que las escribió al

comenzar sus estudios de alquimia, es decir cuando todavía ignoraba el secreto de los secretos. Hay quienes pregunten por qué habiéndolos hallado indignos de él, los publicó no obstante, en 1668, y hasta llegan á decir otros que alguna vez quiso hacer desaparecer, destruir, sus manuscritos; pero que habiéndolos recibido el editor cuando todavía vacilaba aquél para publicarlos, se negó á devolvérselos, pretextando una deuda antigua, y á despecho del autor, los imprimió. Nada más inexacto. Filaletto era muy moderado en sus gustos, nunca tuvo deudas y siempre relaciones de buena amistad con su editor, para cuya fortuna contribuyó él eficazmente con sus publicaciones. La verdad de las cosas es, pues, que por aquel entonces temia haber ido demasiado lejos con el *Introitus Apertus*, dando campo más que suficiente á los perspicaces para adivinar el formidable secreto de los Rosa-Cruz. En una palabra, temia haberse comprometido, y con el fin de reparar el efecto probable de su obra capital introduciendo la confusion en la inteligencia de los profanos curiosos que se propusieran sondear los misterios del ocultismo socinista, publicó los *Tractatus Tres*.

Hay una traduccion francesa de esos tres tratados, hecha para la biblioteca del Mariscal d'Estrees. Veinte años despues, se hizo en Amsterdam la segunda edicion solamente del primero de los tres tratados. El cual, finalmente, impreso en aleman, en Hamburgo, el año de 1705, ó sea cuando Filaletto llevaba ya buen tiempo de no ser de este